

La toma de decisiones
en el proceso de la traducción

Inés L. Drallny

La toma de decisiones en el proceso de la traducción

Como profesionales, cuando hablamos de traducción, hablamos de y en dos lenguas, hablamos de y en textos, hablamos de y en culturas, hablamos desde una cultura hacia otra cultura y formas de pensar diferentes. Circulamos por dos carriles a la vez. Si bien las dos lenguas y las dos culturas involucradas en el proceso de la traducción deben mantener su idiosincrasia e independencia, no hay duda de que como traductores y protagonistas del proceso de la traducción nos corresponde ponerlas en contacto mediante las correspondencias, los contrastes, las evaluaciones y las revisiones que todos los traductores hacemos de nuestro producto.

Las consideraciones que aquí se mencionan pueden hacerse a distintos niveles de profundidad, sin referencia a teorías o interpretaciones de índole alguna. Creo que, por sobre todo, debemos siempre pensar como puentes de comunicación y como creadores de texto, al margen de las teorías o de las interpretaciones del tipo que fueren.

Al traducir, tomamos decisiones, permanentemente. No nos detenemos demasiado a pensar de manera consciente qué estamos decidiendo a favor de una de entre las diversas soluciones a partir de la misma fuente original. No nos detenemos a pensar en el comportamiento de la lengua fuente o en el de la lengua meta. De esta manera, procedemos sin pensar en las posibilidades que cerramos. Porque se cierran posibilidades con cada elección y se eliminan otros horizontes posibles.

Al considerar la utilización de su lengua materna, el traductor necesita tomar en cuenta aquellos factores que lo limitan y también los que facilitan su capacitación e idoneidad, y que influyen en sus elecciones y en las características que como ser individual le tocan vivir:

1. el conocimiento integral de su lengua materna, incluyendo su propio registro individual habitual, su posición social y educativa, el medio al cual pertenece y en el que transcurren su vida profesional y su vida privada;
2. las normas y convenciones que rigen el uso de la lengua madre;
3. los modelos que se escogen y que ofician de guían en el uso de la lengua materna;
4. las lecturas de las que se nutre habitualmente;
5. el juicio crítico y su alerta en el análisis del material que lee.

Estos parámetros son fundamentales a la hora de traducir. Veamos cada uno de ellos.

1. El conocimiento de la lengua materna

Me animo a decir que, en general, no nos detenemos a analizar cuánto sabemos ni cómo hablamos nuestra lengua materna. Ser consciente de la forma en que usamos el idioma nativo es un deber ineludible de todo traductor para ser capaz de ofrecer un producto lo más perfecto posible. Todos pertenecemos a un cierto estamento, a un grupo, a una entidad, a una organización de la sociedad en la cual

vivimos. Todos tenemos una historia personal de procedencia y de familia, de ancestros y de etnias, de medios educativos y económicos en nuestra vida social y en nuestra vida familiar. Es lo que se relaciona con la llamada etnocentricidad. No hay duda de que estos factores pueden ser tanto limitantes como facilitadores. Debemos desarrollar claridad en estos aspectos y medir la influencia que todos estos factores ejercen en nuestra utilización de la lengua. Pueden causar descuidos y usos errados que van de lo sutil a lo decididamente inaceptable; y al hablante le suenan normales y aceptables.

2. Las normas y convenciones de la lengua

Sabemos que en español contamos con una Real Academia de la Lengua y que nuestra lengua castellana tiene reglas claras. Si bien todos nos atenemos a ellas, yo me pregunto cuán profundo es el conocimiento que tenemos en este sentido de modo de tener la seguridad de estar construyendo como se debe y ofreciendo el uso y el registro que se requirieren según la situación de que se trate. Todavía más, las nuevas tecnologías en materia de computación y el uso del correo electrónico y de Internet causan transgresiones e introducen cambios y usos que atentan contra el idioma. Las transgresiones son gramaticales, sintácticas y léxicas tanto como de coherencia textual y/o discursiva.

3. Los modelos, las guías y las lecturas a las que nos remitimos

Los hablantes con quienes nos relacionamos diariamente, es decir, las personas que nos rodean y con quienes habitualmente interactuamos, influyen nuestro uso y ofician de parámetros lingüísticos. Las lecturas que escogemos y los periódicos que acostumbramos leer, nos guste o no, ofician de guía que vamos incorporando. Quienes confían en la Internet, sobre todo las generaciones más jóvenes, están sujetos a grandes distorsiones y a la ya muy conocida de todos nosotros fragmentación lingüística. Es necesario un claro discernimiento acerca de las lecturas que abordamos y acerca de la elección que hacemos de lo que leemos. Creo que este punto es fundamental para mantener la corrección, y para mejorar nuestra lengua. Interviene también la televisión como modelo, aunque mucho se la critique y conocidas sean sus fallas en cuanto a la pobreza y la escasa calidad educativa que ofrece. Pero, me atrevo a decir que no hay quién no vea los noticiosos televisivos entre quienes estamos aquí reunidos, y que muchos de nosotros con toda seguridad nos deleitamos con documentales de diversa índole.

4. y 5. Las lecturas de las que se nutre habitualmente y el juicio crítico y su alerta en el análisis del material que lee

Nuestro juicio y nuestra alerta en los actos de lectura son esenciales porque no se trata solamente del nivel de estructuras de superficie sino también del uso de otros recursos que hacen a la semántica y a la pragmática en las comunicaciones y que determinan la profundidad y el alcance que tiene la lengua para comunicar contenidos y mensajes. Este aspecto es un componente crucial a la hora de saber sacarle el jugo a lo que se lee, ya que, como muchos expertos lo han advertido, lo que el lector trae consigo al acto de la lectura es factor determinante para decodificar plenamente lo que el escritor intentó transmitir. Y aquello que el lector trae consigo es todo su bagaje completo de educación, de cultura y de formación. Educación, cultura y formación que se acrecientan cuanto más se lee y se agudiza el sentido crítico, y a la inversa.

Al tomar decisiones, los traductores normalmente nos preguntamos a quién está dirigida la traducción, dónde se la requiere, para qué propósitos o fines, en dónde y cuándo será publicada si fuera el caso. Son ellas preguntas que no pueden faltar si deseamos tomar decisiones lo más adecuadas posible. La fidelidad al texto no es la única fidelidad que un traductor debe tener en cuenta.

Todos conocemos o hemos tenido en nuestras manos ejemplos de la negativa influencia de factores distorsionantes que son los indicadores de la confusión que resulta de los mundos culturales transferidos de una lengua a otra. La manera de interpretar el mundo en el que vivimos, y la forma y el sentido que adquieren los contenidos en un mundo que se comparte con los otros hablantes de la misma lengua se ponen de manifiesto en la forma de funcionar de una lengua. De modo que cada lengua tiene un mundo propio y una manera singular de ver las cosas y de así verterlas. El idioma materno y la cultura materna son condicionantes muy fuertes y determinan la forma de relacionarse con el mundo exterior y con los hablantes de otras lenguas. Es decir, la fidelidad a los patrones culturales y a las reglas que se expresan o se ven reflejadas en el uso de una lengua también existe. Este tipo de fidelidad se relaciona con la redacción del texto y con la forma de construir el discurso, tanto en la lengua de partida cuanto en la de llegada.

De lo anteriormente expuesto se deduce, pues, que las decisiones en el proceso de la traducción se relacionan con el profundo conocimiento y el dominio no sólo de las lenguas en sí mismas sino también de las posibles decodificaciones e interpretaciones que de ellas se realizan; luego se procede a adaptar el material de partida para hallar las equivalencias más acertadas, y se lo transforma para que revele la modalidad y las características originales, pero con la naturalidad y de acuerdo con la idiosincrasia de la lengua de llegada.

Los contenidos y las formas, el sentido y el estilo, la semántica y la forma discursiva: son éstos los ejes centrales por los que transita la traducción.

Las estructuras, las construcciones y el desarrollo sintáctico, las palabras y giros de un idioma dado no pueden calcarse o trasladarse tal cual a otro. Debemos hacer las interpretaciones pertinentes, y proceder a las adaptaciones del caso para hallar

el mismo espíritu y las formas que correspondan en la lengua meta, de modo de reproducir los contenidos y el estilo lo más fielmente posible.

Luego de las consideraciones que acabamos de hacer, creo de gran utilidad establecer siempre una sana comparación de los modos y comportamientos de los dos idiomas que estemos utilizando al momento de encontrarnos traduciendo.

A continuación, se mencionarán las características y distintas maneras en que los idiomas inglés y castellano reflejan la realidad y el mundo circundante. Con cierto grado de humor, pero simbólicamente, se podría hablar de 'pasión latina' *versus* 'flema sajona'.

1. El idioma inglés se caracteriza por su precisión y su exactitud para designar objetos, personas y acciones. El castellano o español normalmente necesita de frases, de calificadores o de adverbios y de diversas paráfrasis para completar y redondear el significado pertinente.

2. El modo de ver y abordar la realidad en la lengua inglesa es típicamente impersonal. No así en nuestro castellano, en el que no titubeamos en expresiones aseverativas ni en el uso de construcciones con agente activo.

3. El inglés es un idioma que evidencia la preferencia por hechos concretos. Se evitan las abstracciones mientras que el castellano es, por el contrario, muy abstracto, lo cual queda evidenciado en el uso sutil y complejo del modo subjuntivo en español, y en la casi no existencia de este modo en inglés. En cambio, el modo indicativo, el de los hechos y la realidad, es el que predomina en inglés y el que también se utiliza para sustituir la carencia del subjuntivo.

4. El castellano es una lengua que utiliza y nombra a los agentes activos, algunas veces con énfasis. Por el contrario, el inglés evita la referencia directa y favorece la vaguedad o la generalidad, por considerar poco acertada la referencia abierta.

5. La naturaleza morfológica maleable y plástica del inglés lo torna muy útil a la hora de verse en la necesidad de crear nuevos vocablos, de transformar palabras y de crear verbos: *to yes, to Visa, to e-mail*. En nuestro castellano, la mayoría de las veces debemos recurrir a una frase explicativa o descriptiva para expresar la correspondiente traducción.

6. Mientras que en la lengua inglesa proliferan los monosílabos que tornan el idioma muy ágil, los diminutivos y aumentativos son propiedad del castellano y le otorgan parcialidad y mayor sentido subjetivo al hablante.

7. En cuanto al desarrollo y la articulación de las ideas, el inglés se inclina marcadamente por la parataxis y la yuxtaposición mientras que el castellano favorece la subordinación.

8. Discursivamente, en el idioma inglés la lógica del desarrollo de las ideas es lineal, sin interrupciones, cambios de rumbo o digresiones. En cambio, el castellano interrumpe la línea central del eje de los pensamientos, introduce digresiones y regresa al eje para retomar lo que se estaba diciendo.

9. El perfil del hablante o del escritor de la lengua inglesa es bajo y sutil preferentemente. El hablante o emisor en lengua castellana suele, por idiosincrasia, gozar de un alto y, no pocas veces, notorio perfil.

10. La imagen tradicional de neblina y suave llovizna, con paisajes que se insinúan sin atreverse a marcar contornos reveladores es la que corresponde a la manera de comportarse del inglés. El castellano, a mi forma de ver, se puede asociar, como imagen, con la inmortal Carmen de Sevilla y la pasión que lleva en su sangre.

Dicho de otro modo, el inglés minimiza y no pone en evidencia, mientras que el español es enfático y apasionado en su forma de expresarse.

Me gustaría pasar a tratar el tema de las llamadas 'violaciones lingüísticas', las cuales considero tienen gran importancia para el traductor.

Por un lado, tenemos las generalizaciones, tanto las llamadas universales como las limitantes. Las generalizaciones universales son aquellas que no perdonan ni permiten las excepciones, las expresiones que arrastran y borran toda posibilidad o margen no generalizador. Palabras como 'nunca', 'siempre', 'jamás', 'todo', 'nada', 'nadie', son por demás peligrosas. Salvo que en el texto original nos quede muy claro que es precisamente la intención del autor, debemos cuidarnos de introducir o de deslizarnos hacia estas generalizaciones.

Las generalizaciones limitantes son algo más sutiles pero igualmente peligrosas. Introducir expresiones como 'imposible', 'no se puede', 'tiene que', 'debe ser', puede no reflejar verdaderamente lo que se manifiesta en el original. Hay un mundo subjetivo de interpretaciones que tienen que ver con las experiencias personales y que imperceptiblemente se introduce en nuestra tarea profesional, tentándonos a pensar que la versión traducida se realza con tal o cual expresión o manera de frasear un cierto significado. Es una de las sutiles formas del famoso dicho "*traduttore, traditore*".

Tenemos, luego, las distorsiones. De distorsiones está plagado el mundo de la traducción. Pero, en este caso particular, quiero hacer mención de lo que puede llegar a ser menos fácil de captar, como lo es la forma de frasear expresiones y las transformaciones de verbos en sustantivos y viceversa. Por ejemplo, al transformar verbos en sustantivos corremos el riesgo de convertir en estático lo que debería continuar conservando su esencia activa de naturaleza verbal. O, a la inversa, de convertir un cierto estado en algo dinámico. Si bien la traducción se enriquece con la variedad de correspondencias y transformaciones posibles, hay que prestar atención especial a la esencia de los contenidos que la intención del autor manifiesta.

Las supresiones son otra manifestación de las 'violaciones lingüísticas'. Es frecuente hallar supresiones de distintos tipos en las versiones ya traducidas de otros idiomas. Acá nos encontramos con la eliminación del sujeto, del contexto o de algún miembro en una comparación. La eliminación del sujeto lleva a la no especificación de quién o de qué se trata, lo cual, naturalmente, crea confusión y produce pérdida de información. Si se elimina contexto, nos hallamos con un texto incompleto en el cual es posible que estén ausentes el cuándo, el cómo o el dónde. Y si, por razones de estilo o para evitar la repetición, se elimina algún miembro en una comparación, nos faltarán parámetros necesarios para comprender el qué o con quién se efectúa la comparación. Mi finalidad en llamar la atención sobre estos aspectos es el cuidado que los traductores debemos poner para no perder información nece-

saría y para no causar posibles confusiones, o dar lugar a las asociaciones erradas que un receptor pueda llegar a hacer debido a la ausencia del sujeto, de contexto o de miembros en una comparación.

Creo que el universo de las posibles violaciones lingüísticas en la traducción y en el acto mismo de traducir es demasiado amplio y sutil. El traductor, en teoría, cuenta con el tiempo suficiente de regresar sobre su traducción luego de haberla dejado reposar y de haberse alejado de ella para lograr objetividad de juicio. Al revisar el producto terminado de la traducción, las advertencias y consideraciones a que este trabajo alude pueden resultar de gran utilidad.

Para terminar, voy a leer un viejo cuento con cuatro personajes, con el fin de ilustrar con un ejemplo exagerado las generalizaciones universales.

La historia se titula *Todos, Alguien, Cualquiera y Nadie*.

“Ocurre que había que hacer un trabajo importante y todos sabían que alguien lo haría. Cualquiera podría haberlo hecho, pero nadie lo hizo. Alguien se enojó cuando se enteró, porque le hubiera correspondido a todos. El resultado fue que todos creían que lo haría cualquiera y nadie se dio cuenta de que alguien no lo haría. ¿Cómo termina esta historia? Alguien reprochó a todos porque en realidad nadie hizo lo que hubiera podido hacer cualquiera.”